

Creo en la trascendencia de las pequeñas cosas. Una experiencia personal puede dar luz para captar los valores, relaciones y dinámicas que prevalecen en una determinada figura histórica.

Presento a continuación dos experiencias personales, y si es verdad mi presupuesto, tenemos que reconocer que estamos en presencia de algunos signos que anuncian un cambio de época.

¡Qué cosas tiene la vida!

ALFREDO INFANTE SILVERA

Hace diez años la muerte rozó nuestras caras

Primero de marzo de 1989, pocos días después de los sucesos del 27/F y con las garantías suspendidas, cinco jóvenes jesuitas vivimos una experiencia límite, fuimos torturados a la luz del día y en plena vía pública ¡La muerte rozó nuestras caras!. Nuestro delito: saludarnos, ser jóvenes y, para rematar, tres de nosotros morenos y de cabellos crespos. Pero, ¿cómo transcurrió todo?

En casa teníamos el hábito de hacer una compra general a principios de cada mes. Al ser final de mes, en la despensa de nuestra casa sólo contábamos con algo de alimentos, no suficientes para una comunidad de 20 personas ¡Economía de guerra! Comenzamos a racionar lo poco que teníamos y, de todos modos, para el primero de marzo sólo contábamos con lo necesario para el día. Con las garantías suspendidas y la ciudad colapsada, salimos en búsqueda de un lugar donde hacer una pequeña compra ¡La necesidad obliga! Recuerdo que al salir esa mañana comentamos: "Qué cosa, el 27/F nos agarró desprevenidos".

Al salir prendimos la radio, "Fe y Alegría" estaba informando que en el Mercado de Coche se estaban vendiendo racionadamente algunas cosas. Ni cortos ni perezosos, fuimos hasta allá. La larga cola de gente y el ambiente de potencial violencia frustró nuestro intento. Decidimos regresar. A los minutos de haber dejado Coche, Radio Fe y Alegría anunciaba el cierre del Mercado a causa de una balacera. Hicimos silencio, nos miramos las caras y alguien comentó "¡uf, de la que nos salvamos!". Pero poco después, a la altura del puente del Distribuidor de Los Flores, vimos a Joseito y al negro Armindo, que venían del Metro hacia su casa, nos alegró verlos, detuvimos el carro, comenzamos a saludarnos y a echarnos los cuentos ¡Qué poco duró nuestra tertulia callejera! Al cabo de un minuto, nos encontrábamos cercados por siete efectivos de la PM, enmascarados y sin identificación. Sin preguntar nada comenzaron a robarnos y torturarnos: patadas, puñetazos, cachazos, tric-trac de armas cerquita de nuestras cabezas. Todo esto acompañado de groserías e insultos, donde lo más delicado era "comunistas c... de madres, los vamos a matar". Su ensañamiento llegó a tal punto que

intentaron lanzarnos, al negro Armindo y a mí, del puente hacia la autopista. No sé qué pasó pero, gracias a Dios, decidieron no matarnos. Le entregaron el carro al catire Eduardo para que siguiera su camino. A Joseito, Armindo, Gustavo y a mí nos dijeron "a correr c... de madres", al tiempo que disparaban sus armas. No corrimos porque durante esos días había franco tiradores apostados encima de los edificios dispuestos a ensayar su puntería. Caminamos en fila india, escuchando el silbido de las balas sobre nuestras cabezas, mientras pensábamos "este saludo casi nos cuesta la vida".

Esta experiencia no fue un hecho aislado ni limitado a los sucesos del 27/F. Basta echar una mirada a los informes que sobre Venezuela, especialmente después del 27/F, han venido presentando las distintas organizaciones de DD.HH. Este hecho concreto expresa cómo en Venezuela el concepto de estabilidad y paz social, en la práctica, ha estado ordenado en contra de la vida.

Diez años después, en Los Llanos otro gallo cantó

El diecinueve de agosto de 1999, en el Alto Apure otro gallo cantó. Ese día salí a las 6 a.m. de El Nula rumbo a Guasualito. En la Alcabala de El Yaruro, en una operación de rutina, el Ejército halló un bolso lleno de droga dentro de la buseta. La buseta pertenecía a la empresa "Expresos Barinas". Yo viajaba solo, junto a 22 pasajeros más de la región. Todos quedamos estupefactos ante el hecho y, al mismo tiempo, molestos por la irresponsabilidad de la empresa autobusera ¿Qué les cuesta controlar los equipajes al salir? Sin embargo, en medio de esta experiencia desagradable, descubrí algo bueno: el trato humano y digno que los soldados del Ejército nos ofrecieron. Tan digno fue el trato que admirado pensé "Aquí otro gallo está cantando". Pero entremos al hecho y veamos, dónde está lo humano y digno del trato.

Recuerdo que al subir a la buseta, confiado en que nada malo iba a pasar, recé y me quedé dormido. A los quince minutos, el vehículo se detuvo, encendió la luz interna y desperté al sentir el reflejo sobre mi rostro. Estábamos en Yaruro. Al instante un soldado subió y se dirigió amablemente a nosotros "Buenos días, disculpen la molestia, tengan la bondad de bajar de la unidad con su bolso y su cédula de identidad". Todos bajamos, mostramos nuestra documentación y abrimos nuestro equipaje. Todo parecía normal. Poco antes de terminar la requisa, uno de los soldados se introdujo en el vehículo y descubrió un bolso. Tomó el bolso consigo y mostrándolo a todos los pasajeros preguntó: "¿Alguno de ustedes olvidó este bolso dentro?" Nadie respondió. "¿Quién es el propietario de este bolso?" Se hizo silencio, nos miramos unos a otros y nadie respondió. Dado el silencio, los soldados procedieron a abrir aquel equipaje y ¡sorpresa! el bolso contenía droga. De inmediato, los soldados comunicaron a sus superiores y éstos ordenaron detener a todos para comenzar las averiguaciones. Nos llevaron en la misma buseta hasta el comando de El Yaruro. Al llegar allí, el teniente se dirigió a nosotros: "Buenos días, nuestros soldados han encontrado droga en la unidad y nadie ha asumido la responsabilidad de tan grave hecho. Los hemos traído aquí para iniciar las averiguaciones y los procesos legales. Todos son inocentes hasta que no se pruebe

lo contrario, pero también todos son sospechosos. En tanto hacemos las averiguaciones, ustedes van a ser tratados como inocentes. Ya hemos hecho los contactos con el fiscal del Ministerio Público. El que quiera hacer una necesidad, allí están los baños. El que tenga sed, hay un filtro de agua. El que desee hacer una llamada telefónica, el teléfono del pasillo está a su disposición. Dentro de un rato, uno de nuestros soldados les traerá algo de café. Bueno ciudadanos, si tienen alguna duda o pregunta estamos a la orden". Dada la disponibilidad del teléfono, aproveché la oportunidad para llamar a mis compañeros jesuitas de Caracas y ponerlos al tanto de lo que me estaba sucediendo.

Hasta las diez de la mañana estuvimos a la espera del fiscal. Dada la demora, fuimos trasladados por una comisión al Teatro de Operaciones N° 4 en Guasualito. Llegamos a la una de la tarde y nos condujeron al comedor para el almuerzo. Después del almuerzo, continuamos a la espera del fiscal, a las dos y cuarto de la tarde comenzamos a dar nuestras declaraciones. A las tres de la tarde, cuando terminé de declarar, salí y junté con el padre José Luis Echeverría, quien estaba a mi espera, continué mi camino a la comunidad de Jesuitas en Guasualito.

En la noche me comuniqué por teléfono con el General Vidal Rigoberto Martínez, responsable del Teatro de Operaciones N° 4, para agradecerle la forma digna y justa como fuimos tratados y comunicarle que con esta actitud, las Fuerzas Armadas demuestran que pueden cumplir con el deber respetando los derechos humanos. El General me respondió: "Gracias padre, este es el espíritu que estamos infundiendo a nuestras Fuerzas Armadas". Sin duda alguna, éste fue un día largo, dramático y de mucho aprendizaje porque en Los Llanos, en medio de tanta incertidumbre, otro gallo cantó.

Si esta relación digna de los cuerpos de seguridad del Estado para con el pueblo llegara a ser lo común, lo normal, lo ordinario, tendríamos que reconocer que en verdad una nueva y buena figura histórica está irrumpiendo en Venezuela ¡Mira qué cosas tiene la vida!

ALFREDO INFANTE SILVERA
Misionero jesuita
recién llegado de África

